

participaban de la misma ideología positivista y krausista que otros intelectuales sevillanos y, principalmente, los fundadores de la «Institución Libre de Enseñanza», donde Manuel y Antonio empezaron a ir al colegio tan pronto como llegó la familia a Madrid. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos: Antonio y Manuel se desenvuelven en una Sevilla liberal, anticlerical y progresista, que sella con sus ideas por igual los primeros años de los dos hermanos. Esta era la Sevilla de los Machado. Lo que, naturalmente, no quiere decir que así fuera Sevilla. Precisamente, republicanos, federalistas y progresistas constituían un núcleo bastante exiguo. La «Gloriosa» (Revolución de 1868) no llegó a producir en la ciudad un verdadero desplazamiento de poder de manos de la aristocracia latifundista a la burguesía. Sin embargo, Sevilla se convirtió en uno de los bastidores de la ideología republicana y federal. Las personas que hicieron posible esta efervescencia eran pocas, e instaladas casi todas en la Universidad, que se convirtió en reducto del progresismo. Figuras como Federico Castro y Federico Rubio, que modelarían el espíritu de varias generaciones de sevillanos ilustres. Pues bien, a este reducido círculo pertenecían tanto Manuel como Antonio Machado.

En 1883 (año del movimiento andaluz de la Mano Negra) Antonio tiene ocho años y Manuel nueve. El padre y el abuelo deciden de común acuerdo marchar a Madrid. ¿Motivos?: Los krausistas han conseguido una cátedra en la Facultad de ciencias madrileña para el abuelo y el padre espera encontrar en Madrid un mayor reconocimiento a sus méritos de escritor y folklorista. Además, ambos esperan poder dar a los dos niños, Antonio y Manuel, una educación acorde con su ideología liberal, muy difícil de conseguir en Sevilla. En efecto, pocos días después de la llegada a Madrid los niños son inscritos como alumnos en la Institución Libre de Enseñanza, fundada por Giner siete años antes. En ella, las actividades complementarias de los estudios son las numerosas excursiones que, dirigidas por los profesores, hacían los alumnos a ciudades y pueblos próximos a Madrid y a la cercana sierra del Guadarrama, así como las visitas a museos, industrias artesanas, fábricas, tahonas y centros científicos. Eran características de la Institución «el trato íntimo con los alumnos» y «las conversaciones libres y generales, en las que el niño hacía preguntas con entera espontaneidad, contestando al maestro como si fuera a un amigo o a un hermano mayor.»

Hemos visto que, hasta aquí, los dos hermanos recibieron idéntica formación. El ambiente familiar y social en que se desenvuelven en Madrid viene a ser una prolongación del de Sevilla: progresismo, anticlericalismo, respeto al trabajo manual, amor por las ciencias y por las letras..., sin embargo, algún crítico ha afirmado que la influencia de la Institución en Manuel es opuesta a la que había recibido en sus primeros años sevillanos. Hemos visto que esto no es cierto, y ahora vamos a ver cómo a los dos hermanos les quedaron indeleblemente grabadas las huellas de la Institución Libre de Enseñanza.

En el caso de Antonio, cualquier lector atento puede recordar el hermoso poema que dedicó a don Francisco Giner a su muerte. En un apunte biográfico de 1917, que se publicó al frente de sus *Páginas escogidas*, libro publicado por la editorial Calleja, nos confiesa: «Me educó en la Institución Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud.» En otro lugar, recuerda así Antonio las clases de

Giner en la Institución: «Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase... En su clase de párvulos como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo poníamos los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos —de los hombres o de los niños— para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos.»

Pero, ¿y Manuel? Algunos comentaristas se han obstinado en negar la influencia de la Institución en su obra. Mas esto no corresponde a la realidad, como demostró documentalmente Gordon Brotherson en su libro, sin duda el mejor que se ha escrito hasta la fecha sobre este poeta. Brotherson afirma que «sus primeros poemas no sólo reflejan detalles de sus visitas, donde era notoria la presencia de la Institución, a los talleres, fábricas y herrerías de Madrid, sino que acoge el sentimiento que había intentado provocar aquellas visitas». Como demostración de este aserto vamos a reproducir aquí un poema de esa época, titulado *Al día*:

*«También el hombre despertó. Ya suena
el vigoroso golpe del martillo
en el noble taller. Ya en las ciudades
el continuo afanar...
Aquí la ansiosa llama
ruge en el horno, y en el fuerte hierro
con su horrible calor vida derrama.
¡Oh trabajo, oh labor! En vuestro seno
la humanidad entera se engrandece.»*

A los quince años, antes de dejar la Institución para hacer sus exámenes en el Instituto Cardenal Cisneros, Manuel había adquirido algo que no se conseguía fácilmente en los colegios de la época: un sentimiento de la dignidad del trabajo («el noble taller») y una gran familiaridad con la historia y cultura europeas, especialmente gracias a las clases de arte de Manuel Bartolomé Cossío, cuyo efecto fue obvio en los poemas de *Apolo* (el libro está dedicado a Francisco Giner como «homenaje de admiración, respeto y afecto») y de uno de sus poemas, *El caballero de la mano en el pecho*, es dedicatorio Manuel Bartolomé Cossío). De otro lado, la correspondencia privada de Manuel Machado muestra que estuvo tan cerca como su hermano Antonio de Giner y Cossío. En el libro *Día por día de mi calendario* escribe: «Nadie ha hecho un surco más profundo, nadie sembró más fecunda semilla, nadie dejó una estela más amplia y luminosa... Su obra y su alma [de Giner] viven siempre, porque en su labor semidivina él supo formar los hombres para el mañana». [...] Nuestro amigo, nuestro guía, nuestro pastor, el viejecito de plata y de fuego, el viejecito adorable y adorado, cuyas palabras eran siempre claras y buenas, sedantes y reveladoras». Y más adelante, recuerda el edificio de la Institución como su *alma mater*: «La vieja casa tiene también

un gran jardín interior, pero este jardín no es, como los otros, un secreto para mí. Es un viejo amigo. Yo lo he recorrido mil veces, lo he cultivado, cavado, podado... ¡Oh, días benditos! ¡Oh, casa bendita por la presencia del Santo Giner de los Ríos, el maestro adorable y adorado!»

Reiteramos lo dicho anteriormente: los dos hermanos tienen una primera formación prácticamente idéntica, y esa formación se inicia en Sevilla para proseguirse sin discontinuidad alguna en Madrid. La Sevilla de la niñez de los Machado es la de la proclamación de la República, la del cantonalismo y la del alborear del regionalismo andaluz. Es la Sevilla de regia opereta, pues se instala Isabel II en el Alcázar y los Duques de Montpensier en el antiguo palacio de San Telmo. Por entonces el Marqués de Alcañices pide la mano de Mercedes de Orleans y llega a Sevilla Alfonso XII. En 1880 nace el Ateneo Hispalense en el Centro Mercantil. Dos veces en estos años el Guadalquivir inunda inmisericordemente la ciudad.

Pero hay otra Sevilla común a ambos hermanos y que es más difícil de situar dentro de unas coordenadas temporales. Nos referimos a Sevilla como centro de una tradición poética ininterrumpida desde Herrera hasta Cernuda que es, para decirlo con palabras del profesor Ruiz-Lagos, «lo único que nos explica la hondura poética de un Machado, de un Juan Ramón, de un Demófilo». El círculo de ilustrados prerrománticos sevillanos (Blanco White, Lista, Cepero, Rodríguez Zapata...) es el transmisor de esta tradición. Un lugar central ocupa en ella el trianero Alberto Lista, autor de formación neoclásica pero de gustos en extremo eclécticos. Sus alumnos recibieron una formación literaria que excedía con mucho a la rígidamente preceptuada en la *Poética* de Luzán (uno de ellos fue el propio Bécquer). No debe olvidarse que Lista, con amplitud de criterios insólita en un neoclásico, elogió a Góngora y a Lope y conoció y valoró la poesía popular. Así, en su elogiosa reseña que publicó con motivo de las recopilaciones de romances hechas por su antiguo discípulo Agustín Durán, tío de los Machado, y en uno de cuyos romanceros nos cuenta Antonio que aprendió sus primeras letras. Tanto Antonio como Manuel son, a la vez, herederos y transmisores de esta tradición. El hecho nos parecerá más claro si lo ejemplificamos en sus primeros libros. Nos referimos a las primerizas *Soledades* de Antonio (1903) y a *Tristes y alegres* (1894), la primera publicación de Manuel, que comparte sus versos, en el mismo volumen, con el poeta bohemio Enrique Paradas (la primera mitad del volumen está firmada por Manuel y la segunda por Paradas). No vamos a insistir aquí en el caso de Antonio, porque hay cientos de estudios que hacen referencia a su confesado amor a la copla popular y a la poesía de Bécquer. Pero quien hojee el primer libro de Manuel encontrará una sección entera de seguidillas y otra de soleares, entre las coplas que allí se publican. Y en cuanto al influjo de Bécquer, creo que el reproducir el poema *Reflejo* del citado libro me dispensará de más comentarios:

*Llegó la tarde al valle... Junto al lago
pasábamos los dos.
Tú la naciente luna contemplabas,
yo, el moribundo sol.*

.....